



Los magníficos colores de los Tutunaku



Buenos días de parte de;

Los Tutunaku

Segundo lunes de julio

A todos los que hicieron en la CGEIB un enorme trabajo por la cultura y las lenguas indígenas mexicanas.

Cuando llegamos a Coahuiltlán, en las montañas de Puebla, para hacer el capítulo sobre los totonacos de nuestra serie televisiva Ventana a mi comunidad, no sabíamos lo rico que es la cultura que ahí se esconde.

Nuestra protagonista Ana Juárez, una niña de 12 años, nos recibió sonriente en su casa, un lugar magnífico desde donde se podía contemplar el verdor del Totonacapan. Ella nos presentó a Manuel, un maestro de su pueblo, quien además de su reclamo por llamarlos totonacos en lugar de tutunaku, nos recordó cuestiones relevantes de la historia de sus antepasados.

En una amplia zona de las costas y montañas del este de México, vivían los tutunaku prehispánicos, un importante pueblo trabajador que tuvo en Papantla, Xalapa y Cempoala sus principales centros poblacionales. Hay quienes, nos insistió Manuel, les atribuyen la construcción de la impresionante ciudad del Tajín.

Como tantos otros grupos indígenas del centro del país, los tutunaku también fueron constantemente agredidos por el militarismo azteca, razón por la cual no fue nada raro que, justo hace 500 años junto con los tlaxcaltecas, se unieran a Hernán Cortés en su guerra de conquista. Este apoyo en el momento de aplicar sus estrategias militares, favoreció mucho a los españoles y así, todos lo sabemos, comenzaron a imponer su religión, su lengua y sus costumbres.

Esta circunstancia y la poca agresividad de los pobladores del Totonacapan ante el arribo extranjero, favorecieron que por allá en las montañas, su cultura y especialmente su lengua se conservaran relativamente saludables.

Con una hermosa sonoridad, Ana nos relató en su idioma que tutunaku quiere decir “tres corazones”, un significado totalmente opuesto al de “cobarde” que algunos suelen atribuirle a la palabra totonaco. Ésta es una de las razones por las cuales Manuel nos insistió en llamarlos así, los tutunaku llevan mucho tiempo peleando para que se les identifique con el nombre que verdaderamente les corresponde.

LOS DÍAS DE FIESTA.

Hicimos coincidir nuestras visitas a Coahuiltlán con la fecha de la celebración de dos de sus fiestas principales, La Candelaria del 2 de febrero y la de Semana Santa, en estos días el despliegue de color en todo el pueblo es algo verdaderamente sorprendente. Ríos de animosos danzantes inundan las calles y bailan, zigzagueando sin parar, camino al templo donde llevan a cabo muchos ritos variados, como puede verse en la fotografía, las niñas cuidan a sus hermanitos mientras sus padres trabajan en los preparativos. En muchas casas hay importantes celebraciones y en las plazas públicas se montan danzas, como si fueran obras de teatro con diferentes significados

anecdóticos, durante toda la semana se presentan diversas historias “la del toro”, la de “la señorita de la ciudad” o la de “la culebra”, entre muchas otras escenificaciones.

Otro de nuestros protagonistas infantiles, Miguel García Hernández, nos llevó a la escuela de danza, ahí, desde muy pequeños, los niños aprenden sus diferentes bailables. También fuimos al sitio donde estaban confeccionando los enormes totchulis, unos grandes y coloridos penachos con los que efectúan la simulación del vuelo de los quetzales. Miguel nos explicó que para hacerlos se requieren palos de bambú cortados en largas tiras para dar la forma de abanico a la que se le entretejen papeles de colores muy llamativos y se adorna con plumas de pato.

Los valientes acróbatas se montan en unas estructuras hechas con troncos, como si fuera un carrusel vertical, y al sonido del pequeño tambor y la chirimía, los ponen a girar incansablemente. Desde hace tiempo, en este pueblo dejaron de hacer la famosa versión de los tradicionales Voladores de Papantla, cuenta la leyenda que una vez, desde lo alto girando sin cesar, los danzantes se fueron al cielo, después del suceso los pobladores decidieron cortar el largo palo en el que hacían el rito y ahora aquellos voladores ya no tienen por dónde regresar.

Casi toda la vestimenta de las festividades se confecciona en Coahuiltlán, ahí conocimos a María, una anciana de casi una centuria, que seguía trabajando incansablemente con su máquina de coser. Las mujeres lucen naguas con coloridas franjas, aretes, tocados en las trenzas exclusivos para las casadas, mantones de tul, collares, moños y listones que parecería se les enredan por todos lados, también hay trajes especiales para las niñas pequeñas y unos vistosos gorritos para los bebés que solo se elaboran en Coahuiltlán. Los hombres usan pantalones de manta y camisas de diferentes colores.

La comida es tan variada como exquisita, la mayoría de sus ingredientes los obtienen de sus tierras, siempre se trabaja con metate, comal y horno de barro. Pudimos degustar los chayotes en piñón, el mole de pollo ahumado, la saragalla de pescado en chile, tamales de variados sabores, los cocolitos rellenos. Sus platillos dulces también son muy diversos, tintines de maíz y anís, una gama de diferentes panes, todos exquisitos, totopos azucarados, dulce de yuca con piloncillo y para calmar la sed, su tradicional tepache de maíz, atole de tamarindo, agua de cacao, champurrado y café. Éstas son sólo algunas de las muchas opciones alimenticias que preparan cotidianamente y también para las fiestas. Ahora en el Totonacapan veracruzano aprovechando las cumbres del Tajín, se crearon escuelas para preparar chefs tutunakus.

UNA ENORME RIQUEZA NATURAL

Las tierras de la comunidad son muy fértiles, todo lo que siembran se da bastante bien, hasta las ramas muertas de las cercas reverdecen y crecen como árboles, esto hace de algunos caminos unos espectaculares túneles verdes. Los tutunaku obtienen diversos productos de los árboles y sus plantas, en la zona aún es posible encontrar palo de rosa, caoba, cedro, pino y muchos otros materiales útiles para construir sus viviendas como cáscara de coco, mohuiye, carrizo, bambú y palma de plátano. También cultivan la pita, para hacer cuerdas y tejer cestas, y el añil para pintar

sus telas. Ahí se dan las más grandes jícamas que he visto, nopales, zapote, plátano, maíz, naranja y muchísimas cosas más. Ellos están muy integrados con su medio ambiente y acostumbran relacionar todo durante sus actividades cotidianas. Los pintores, los danzantes, los carpinteros y las costureras, tienen su propia manera de conectarse con la naturaleza, existe la costumbre de aprovechar las fiestas para dar gracias a la tierra y a los animales por todo lo que de ellos reciben, así cada gremio ha creado sus propios vínculos: las tejedoras le agradecen a los armadillos, los carpinteros al chenche, los alfareros a la avispa, para cada oficio siempre hay a quien agradecer.

Aunque hace tiempo toda la zona estaba cubierta por la selva, ahora sólo quedan algunas ceibas aisladas que dan sombra al ganado. Sin embargo, siguen cultivando con cuidado una orquídea muy especial, la joya de su agricultura, es una flor muy bella de la que se aprovecha su aromática vaina. Claro, me refiero a la vainilla que, además de usarla como ornato y para perfumar la comida, también la aprovechan para hacer interesantes artesanías de variadas formas que sirven para aromatizar el ambiente.

LA COLORIDA DANZA DE LAS CUBETAS

En Coahuilán hay mucha agua, pero las viviendas suelen estar situadas lejos de los ríos, en lo alto de los cerros y aunque ésta es una buena medida de seguridad para cuando llueve mucho, los pobladores no cuentan con el vital líquido a la mano y necesitan traerlo desde lejos. Quién sabe por qué, pero resulta muy cómodo para los hombres, esta ruda labor la realizan las mujeres, es hermoso ver que siempre lo hacen sonriendo, sin protestar y con una enorme dignidad, las niñas, desde muy pequeñas, aprenden cuál es la mejor manera de acarrear el agua. Es una labor que requiere de maña y mucho equilibrio, deben caminar con su espalda bien derecha, así con cubetas de 15 litros montadas sobre sus cabezas, desde muy temprano se les ve subir y bajar por los caminos del cerro. Para hacer más fácil esta tarea, como lo pueden ver en la foto de Ana, han inventado “el ruedo”, un aditamento especial hecho de tela que se coloca entre la cabeza y el recipiente.

Pueden ver los videos de éstas y otras interesantes historias de los tutunaku en nuestro portal Káthedra.

ACERCA DE LOS “NACOS”

Para terminar, vale la pena detenerse en una palabra que tristemente ha sido de uso común desde hace ya tiempo.

Sin intentar hacer un estudio lingüístico, es evidente que la palabra “naco” tiene muchos significados dependiendo de la época y el nivel social donde ha sido utilizada. Desde que yo escuche el adjetivo por primera vez en la primaria, se empleaba para etiquetar a la gente de manera peyorativa. Según el diccionario de la RAE, "naco" es un apócope que quizá proceda de la palabra totonaco, pero lo que sí es un hecho, es que el término ha resultado “útil” para calificar de

manera discriminatoria y en sus orígenes se asoció a lo que “es indio”, aunque ahora para algunos ya es una costumbre utilizarla cotidianamente e incluso pueda tener otros significados quizá menos directos, creo que es importante saber de dónde viene. La palabra, que a veces se escucha de gente muy fina, en realidad contuvo desde que se popularizó, una intención evidentemente denostativa, especialmente porque en ella va implícito el propósito de comparar al destinatario con alguna de sus posibles asociaciones, lo que es sucio, pobre, despreciable, de mal gusto, ignorante, vulgar, mal vestido, ladrón, peligroso, ignorante, cobarde, y en sus usos iniciales existió la intención de aplicarla con evidentes tintes racistas al vincularla con los indios totonacos.

Claro que el caso, por ser algo tan sensible, podría generar polémicas sobre su origen y su actual uso diferenciado, igual y los especialistas del lenguaje hasta querrán matizar mi percepción, pero al tocar el punto no tengo como objetivo proponer un análisis diacrónico, sino una simple reflexión. En realidad escribo mi opinión como una humilde sugerencia dirigida hacia aquellos que acostumbran utilizarla sin conocer la versión que aquí expongo. Me parece posible que algunos, después de leer este escrito, cambien su intención al querer aplicarla, quizá con sólo pensar en su posible origen podrían entender que quien habla de “los nacos”, se degrada a sí mismo.

Manuel llamó nuestra atención sobre sus buenas razones para que al inteligente, noble y culto pueblo Tutunaku, se le llame como ellos mismos decidan.

Y sí, durante nuestro viaje por el Totonacapan entendí por qué nos insistieron tanto en ser considerados como seres con “tres corazones” en lugar de llamarlos totonacos, por las evidentes implicaciones racistas y despectivas asociadas desde hace años a esa denominación.

Joaquín Berruecos

Tlalpan CDMX

8 de julio del 2019.